

Semiótica de los Medios

1° cuatrimestre

2024

Teórico 2

(correspondiente al
martes 26 de marzo)

La semiótica de Peirce

Amparo Rocha Alonso

¡Hola! Al final del T. 1 les dejé un cuadro con algunas diferencias básicas entre la Semiología, de inspiración saussureana y la Semiótica de Peirce. Ante todo, hagamos dos aclaraciones: por un lado, que es probable que materias que se llamen Semiología o Semiótica tengan contenidos de ambas: por ejemplo, en Semiología del CBC de la UBA es común que se destine parte del programa a Peirce; por otro, que se usa el término semiólogo/a/e para todo aquel que se dedique a cualquier estudio semiótico

Teníamos, por un lado, que la Semiología, término que propone Saussure y que está constituido por las palabras griegas *sema-semeion* (signo) y *logos* (estudio), proviene de la lingüística, es binaria en todas sus conceptualizaciones, basada en la noción de sistema de signos (conjunto organizado de unidades significativas biplánicas, que se mueven en base a ciertas reglas, de modo que cualquier cambio en el sistema lo afecta en su totalidad), inmanentista, **con un modelo de signo en producción: algo es signo porque ha sido concebido convencionalmente para significar y para comunicar algo.**

La semiótica de Peirce es ternaria, basada en una noción de proceso, de acción, la de **semiosis**, con un modelo de signo en el polo de la **interpretación: cualquier cosa es signo de otra en tanto se la interprete como tal.** Aquí hablamos de significación; no es una teoría de la comunicación.

Cuando se pasa de los estudios lingüísticos, de la semiología y del estructuralismo a la semiótica peirceana hay que cambiar de chip, por así decirlo. Para alguien acostumbrado a pensar en términos de sistemas de significación, de unidades por niveles es chocante que, por ejemplo, una palabra sea un signo, pero también lo sea un libro. Si lo pensáramos semiológicamente, el libro -un texto- abarca a la palabra y por ello está en un nivel más comprensivo. No pueden tener el mismo estatus. Pero sí para Peirce, lo mismo que un razonamiento, un olor, un sentimiento provocado por una música, un barómetro o una fórmula algebraica. Esto es así en la semiótica de Peirce, la palabra, la oración, el libro, son signos, porque en definitiva todo es -o puede ser- signo si es interpretado como tal. El universo entero se nos manifiesta sógnicamente, es el modo que tenemos de acceso a la realidad. Y esos signos no son una capa que oculta otra cosa -la cosa en sí, una esencia-: son lo que hay.

Otra aclaración: Peirce es contemporáneo de Saussure. El primero nace en EEUU en 1839 y muere en 1914; el segundo nace en 1857 y muere un año antes, en 1913. Uno, un lógico estadounidense, el otro un lingüista de Ginebra. No hay datos de que hayan

tenido conocimiento del otro, por lo que no es que Peirce vino a superar o a corregir o

a refutar las teorías de Saussure. Simplemente, desde el punto de vista de algunos autores posteriores, entre ellos Verón, su modelo es más útil a la hora de enfrentar la diversidad de objetos significantes que nos rodea y que no sean la Lengua. Yo les había comentado que Barthes, Metz y otros comenzaron a verse en figurillas a la hora de analizar, por ejemplo, la imagen. Barthes muy tempranamente (1962) dice “la imagen es continua” (no discreta o discontinua), o sea, no está compuesta de unidades separables entre sí y combinables. Gran problema semiológico: la imagen no tiene código, no hay sistema de la imagen. Él lo resuelve apelando a un código de connotación (por ejemplo, que en una imagen el color rojo signifique “pasión”). Del otro lado del Atlántico, los investigadores de Palo Alto que quisieron codificar el cuerpo en *kines* o unidades mínimas del movimiento, se encontraron con el mismo escollo: el cuerpo, el movimiento son continuos, no discretos. Finalmente abandonaron el proyecto por inviable. En el caso de Verón, él dice que el modelo ternario de la significación (Frege, Peirce) permite dar cuenta de dos problemáticas fundamentales para su interés teórico (el de un sociólogo, en principio): *la construcción social de lo real y la materialidad del sentido*.

Para hacer un puente entre el pensamiento semiológico y el semiótico peirceano se me ocurrió trabajar con ejemplos, que pueden ser abordados desde ambas perspectivas. Agradezco el aporte de los alumnos en los dos teóricos, que contribuyeron al análisis.

un signo: “libertad”



“Libertad” es un signo lingüístico, como todas las palabras de la lengua castellana, pero lo traigo a colación porque se ha debatido mucho en la Argentina actual sobre su sdo. y sus alcances, a partir de la emergencia del movimiento libertario y la posterior llegada de Milei a la presidencia. No es cualquier palabra, especialmente a partir de la consigna de la revolución francesa: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!, que ha quedado como ideal de una sociedad posible.

Desde una perspectiva lingüística saussureana y desde la semiología, “libertad” es una entidad psíquica biplánica, con un significante, esa cadena fónica “l-i-b-e-r-t-a-d” y un significado que, justamente en este momento, está en cuestión. Si bien hay un

significado básico y compartido por todos, de la manera en que los hablantes de una lengua comparten significados, difusa pero eficazmente -todos entendemos el concepto de libertad-, cuando se va a la práctica y se lo usa en determinados ámbitos, aparecen disputas por su sentido: ¿qué significa libertad para un liberal? ¿es lo mismo para un anarquista libertario? ¿hablamos de libertad de mercado? ¿cuáles son sus límites?

Así que, más allá de sus primeras acepciones, lo que llamaríamos los significados de denotación, que encontramos en un diccionario (“capacidad de obrar o de no obrar, de modo que se es responsable por ello” o “condición del que no es esclavo”), bajo el significante *libertad* se cocina un debate social por los significados asociados a tal ste.

Semiológicamente, a partir del par denotación/connotación (Hjemslev), dependerá del contexto en que aparezca el vocablo, que puedan aparecer connotaciones: “los animales se desplazan en libertad” (descripción de un parque nacional), “¡VLLC!” (discurso libertario), “privado de su libertad” (causa judicial).

Si abordamos “libertad”, desde la semiótica de Peirce, tenemos un representamen (la palabra oída o leída), el objeto, o sea, lo que esa palabra representa (el concepto de libertad) y el interpretante, signo mental que surge de poner en relación lo que se ofrece materialmente a nuestros sentidos y mente (el R) con un O, de acuerdo con nuestros conocimientos colaterales. Entonces, en una mente se da una interpretación de “libertad”, que surgirá de esos conocimientos y que, atenti, determinará también al objeto. Es decir, el *objeto depende de la interpretación*, no es algo separado, fijo, monolítico.

Ahora, si tenemos un chino que no habla ni lee castellano, desde el punto de vista peirceano, igualmente habría interpretación si en su mente aparece “probablemente sea una palabra del castellano” (sabe cómo suena), “de algún idioma” (intuye que es una palabra de un idioma) e incluso si se pregunta “¿qué es eso?”, ya que en los tres casos hay una conceptualización (I) a partir de un estímulo sonoro o visual (R)), que es conectado con un sentido posible.

Presten atención a que el R siempre es material, el O puede serlo o no (acá no lo es: es una idea) y que el I es mental.

Pasemos a otro ejemplo:

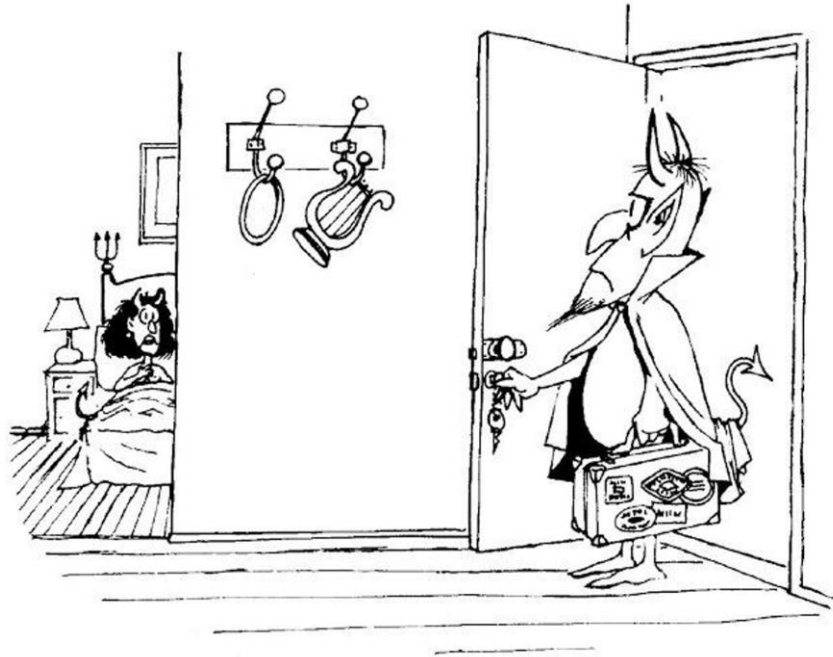
un sistema semiótico-código



Semiológicamente, acá tenemos un código o sistema con significancia semiótica (Benveniste), o sea, constituido por signos, pero sin discurso. La semiología estudió mucho estos sistemas simples, en este caso constituido por seis signos con significantes visuales y significados convencionalmente asignados. A diferencia de las palabras, que pueden tener significados de connotación y variaciones, estos signos tienen significados igualmente convencionales, pero muy claros y precisos. Como en un diccionario, acá también tenemos una lista de significantes a la izquierda y una lista de significados a la derecha. Así de simple.

Semióticamente, tenemos cualquiera de estos signos, una banderita celeste en la playa (R)), que representa que el mar está bueno y que es leída por una mente como “mar bueno”, claro, si conoce el código.

Adelantándonos un poco, diremos que esas banderas son símbolos, en tanto están convencionalizadas, pero que en su lugar de operación, la playa, funcionan indicialmente, señalando al usuario el estado del mar, al cual están ligadas espacialmente.



Este chiste gráfico del gran Quino reposa sobre unos pocos elementos que funcionan guiando la lectura.

La semiología, por supuesto, podría estudiar estos objetos de la cultura popular, la historieta, el comic, tanto como la canción popular, las series, etc. De hecho, Eco en 1963 escribe *Apocalípticos e integrados* como respuesta al rechazo de la academia a abordar estos géneros “menores”. Ahora es difícil comprenderlo, porque nuestra cultura está absolutamente masificada y, en el caso argentino, plebeyizada, como lo ha visto Alabarces, por ejemplo. Volviendo al tema, tenemos una pieza gráfica, significativa, con un significado claro, si se conocen una serie de convenciones de la cultura popular, que a su vez las tomó de la iconografía medieval (diablo con cola y cuernos) y del arte plástco renacentista (ángel con halo y cítara o laúd).

Desde el punto de vista peirceano tenemos un representamen icónico, la imagen de dibujo, hecha con “monitos” (seres esquemáticos, caricaturizados, no realistas), lo que ese R representa, su O (el colmo de un diablo: que la mujer lo engañe con un ángel) y la interpretación que hacemos: “Ja ja ja, la mujer lo engañó con un ángel”). Ahora bien, toda la interpretación reposa sobre elementos del dibujo que funcionan inicialmente para el lector (cola, cuernos = diablo; halo, laúd= ángel), más la cara de pánico de la mujer. Así que tenemos índices altamente convencionalizados, como sucede con toda historieta, que es un cúmulo de convenciones (globo, signos cinéticos, onomatopeyas, etc.), y esos índices son para el lector, pero algunos, los del perchero, son para el diablo también. A su vez, como lectores, hacemos entrar esta pieza gráfica en la larguísima serie de “mujer engaña a marido”, otra convención de la cultura popular y alta, que tiene su vertiente trágica y su vertiente cómica. Me atrevo a decir que lo risible supera a lo serio. Como todo tópico, también es un núcleo temático muy convencionalizado.



Finalmente, esta imagen de dibujo, que apareció como ilustración en una nota sobre la ciudad y su urbanización. Semiológicamente, tenemos una obra o producto, es decir, lo que Benveniste y Verón, entre muchos más, llaman **discurso**: algo significativo efectivamente producido, que circula socialmente, que apareció en un momento y en un lugar.

La semiología lo abordaría a partir de su connotación. Mas allá de poder describir lo que uno ve (una ciudad para arriba y para abajo, partida al medio, casitas abigarradas en tonos de rojo y rascacielos en tonos de azul), lo que importa es el sentido secundario, flotante, que complementa la nota sobre la desigualdad de acceso y la precariedad o no de las viviendas y de la urbanización en general. Esto se logra con el contraste de colores cálidos (la vida, aún en condiciones adversas) versus fríos (el cristal y el acero de los edificios, muchos de oficinas, muchos semivacíos).

El R imagen de dibujo está en lugar del objeto representado (una ciudad para arriba y para abajo, partida al medio, casitas abigarradas en tonos de rojo y rascacielos en tonos de azul), con todo lo que nuestra mente, a partir de sus conocimientos anteriores, le asigne: desigualdad, ilusión de los de arriba de tener algo como lo de abajo, etc. Todo ese combo es el I. El O, como ven, depende de la interpretación, Es posible que muchos vean solo allí una ciudad para arriba y para abajo, partida al medio, casitas abigarradas en tonos de rojo y rascacielos en tonos de azul, mientras que otros lean un alegato social.

¿El I es de cada mente? Sí y no. Todo R tiene un campo de efectos posibles, diría Verón, o Peirce dice, el Interpretante Inmediato, la interpretabilidad, la potencia interpretativa de un signo, antes de tener una interpretación efectiva en cada mente, su Interpretante Dinámico. Y esa interpretación de cada mente no es caprichosa ni meramente individual, porque depende de un Interpretante Lógico Final, que es compartido por una comunidad en un determinado momento. Vale decir, los signos, por más que se den en mentes individuales, **siempre son compartidos por una**

comunidad de mentes. A su vez, el Interpretante Final puede ser también aquel resultado al que toda mente llegará, e incluso Dios, en caso de que la semiosis llegara a su fin, lo cual es imposible, pues es infinita. El pensamiento de Peirce está lleno de estas complicaciones. A nosotros nos basta con entender que los signos son compartidos, no individuales, y que las verdades son relativas y cambiables si otra se ofrece como más efectiva para la comunidad. La única verdad absoluta es Dios.

Bueno: veamos cómo es este signo peirceano del que ya vimos ejemplos, y para ello voy a incorporar a este teórico un apunte de cátedra que escribí para alumnos de artes de otra universidad. Es muy introductorio, pero creo que es claro y funciona para entrar en tema. Tema que vienen tratando en prácticos, además. El apunte entero figura en la bibliografía y contiene actividades que no vienen al caso aquí.

EL SIGNO PEIRCEANO

Amparo Rocha Alonso

“Raramente el ojo se detiene en una cosa, y es cuando la ha reconocido como el signo de otra...”

(Italo Calvino, Las ciudades invisibles)

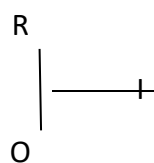
Representar: estar en lugar de, es decir, encontrarse en relación tal con otro, que para ciertos fines es tratado por alguna mente como si fuera ese otro. Así, un portavoz, diputado, abogado, vicario, agente,

*diagrama, síntoma,
tabla, descripción,
concepto, premisa,
testimonio, representan
todos alguna otra cosa,
cada uno a su manera,
para mentes que los
consideran tales.”*

(Charles S. Peirce,
parágrafo 2.273)

El signo, para Peirce, consiste en una acción recíproca entre algo: el *Representamen*, lo que ese algo representa: su *Objeto* y un pensamiento *Interpretante*. En sentido amplio, el Interpretante, como efecto que surge de la relación R-O, puede ser también una mera cualidad del sentir (sensación) o una conducta que se da como respuesta a esa relación. Para que haya interpretación, es decir, una puesta en relación entre dos elementos, cualesquiera sean, debe haber en esa mente conocimientos anteriores o *colaterales*. Si no hay ningún conocimiento previo o idea sobre ese O o sobre una relación R-O no hay posibilidad de que haya signo: nada aparece ante la mente. Si salimos a la calle y vemos que el cielo, antes azul, ahora se ha puesto gris oscuro, pensamos “se viene la tormenta” y quizá vayamos a buscar un paraguas. Aquí tenemos un hecho perteneciente al mundo natural, el cielo oscuro, (R) que, por hábito (conocimiento anterior) interpretamos (I) como anunciando la tormenta (O). Para Peirce, todo nuestro contacto con la realidad o conocimiento de ella se da a través de signos, pero ellos no son sólo ideas acerca de las cosas, sino la base de la conducta: conocimiento y acción están íntimamente ligados. El conocimiento es básicamente inferencial e hipotético; las hipótesis son probadas en la vida práctica para ver si funcionan. El signo, de hecho, no es más que una inferencia, cuya conclusión es el Interpretante.

Tengamos muy presente que el Interpretante **no es el Intérprete**. En la semiótica de Peirce éste es un mero soporte en el paso de los signos; él habla de “una mente”, “cualquier mente”, que podría ser la mente de una persona, pero también un animal o una máquina que interpreta a su manera animal o maquinica. “Estamos en los signos, no ellos en nosotros” dice Peirce, subrayando que vivimos inmersos en la semiosis y que la cuestión semiótica no es una cuestión de psicología.



El signo no representa al O en su totalidad, sino siempre en relación con un *fundamento* (*Ground*), que es como un criterio de la representación (¿Por qué esto es signo de esto, qué tienen en común? Una foto de una manzana, por más que nos dé la sensación de ser la manzana misma por su analogía tan fuerte, no es más que la imagen en dos dimensiones de la parte de la manzana fotografiada (la parte de adelante, ya que no la vemos de atrás) en ese momento (la manzana nació, creció, será comida por alguien o se secará o..., pero eso no aparece en la foto). Tampoco la foto da cuenta de su gusto ni de su aroma, ni de su tamaño, ni de su volumen, aunque lo sugiere.

El nombre de una persona, por ej. Margarita Ríos, la representa, está en lugar de ella, incluso legalmente, pero no nos dice nada acerca de su aspecto físico, su personalidad o su historia; si alguien se tomara el trabajo de escribir la biografía de MR o de filmarla de manera obsesiva, esos textos tampoco la representarían totalmente: siempre quedarían zonas oscuras y enorme cantidad de detalles sin ser mostrados. Por definición, el O no puede ser abarcado totalmente y esa es la condición para la aparición de nuevos signos; en definitiva, es condición para la semiosis ilimitada.

A la acción trirrelativa (R-O-I) Peirce la denomina *semiosis*. A su vez, el I necesariamente debe producir un nuevo I y así *ad infinitud*, es decir, el I se transforma en R de ese mismo O (que se desdobra en la parte representada –“iluminada”- del O y en la parte que no ha sido representada en este caso particular, pero que lo ha sido o lo será) para otro I y así en una cadena que no termina. Ese es el proceso que Peirce denomina *semiosis infinita o ilimitada*.

Veamos algunas definiciones y caracterizaciones de signo –y de semiosis- que Peirce dio a lo largo de su extensa vida productiva:

- 1) Un signo o representamen es algo que representa algo para alguien en algún aspecto o carácter. Se dirige a alguien, es decir, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o, quizá aún, más desarrollado. A este signo creado yo lo llamo el Interpretante del primer signo. El signo está en lugar de algo, su Objeto. Representa este Objeto no en todos sus aspectos, sino con referencia a una idea que he llamado a veces el Fundamento del representamen. (parágrafo 2.228)
- 2) Un *Signo* o *Representamen* es un Primero que está en una relación triádica genuina tal con un Segundo, llamado su Objeto, que es capaz de determinar un Tercero, llamado su *Interpretante*, para que asuma la misma relación triádica con

su Objeto que aquella en la que se encuentra él mismo respecto del mismo Objeto. (parágrafo 2.274)

- 3) *Signo*. Cualquier cosa que determina alguna otra (su *interpretante*) para que se refiera a un objeto al cual él mismo se refiere (su objeto); de la misma manera el interpretante se convierte a su vez en un signo, y así *ad infinitum*.(parágrafo 2.303)
- 4) Un signo media entre el signo *interpretante* y su *objeto*. Tomando el signo en su sentido más amplio, su interpretante no es necesariamente un signo. (...) Pero podemos tomar el signo en un sentido tan amplio que su interpretante no sea un pensamiento, sino una acción o una experiencia, o podemos incluso ampliar de tal modo el significado de un signo que su interpretante sea una mera cualidad *del* sentir. (Carta a Lady Weby, 12 de octubre, 1904)
- 5) Defino al signo como algo que es determinado en su calidad de tal por otra cosa, llamada su Objeto, de modo tal que determina un efecto sobre una persona, efecto que llamo su Interpretante; vale decir que este último es determinado por el Signo en forma mediata. (carta a Lady Welby, 23 de diciembre, 1908)

LA SEMIOSIS

De la definición 3) se desprende que todo signo procede de signos anteriores y desencadena otros en una cadena (o red, sería mejor decir, ya que la semiosis no es necesariamente lineal). Por ejemplo, la canción "11 y 6" de Fito Paez cuenta una emotiva historia acerca de dos niños en situación de calle: tomemos como punto de partida la canción (esbozada y tocada en su casa por el compositor) como Representamen de un Objeto, la historia (independientemente de que sea real o ficticia) que desencadena su Interpretante, la versión grabada en el disco, que a su vez es interpretada mediante covers (en el sentido de copia fiel) o versiones más personales en reuniones, posts de Youtube, etc. en una cadena abierta, ilimitada.

Tenemos entonces:

Objeto: la historia de los niños

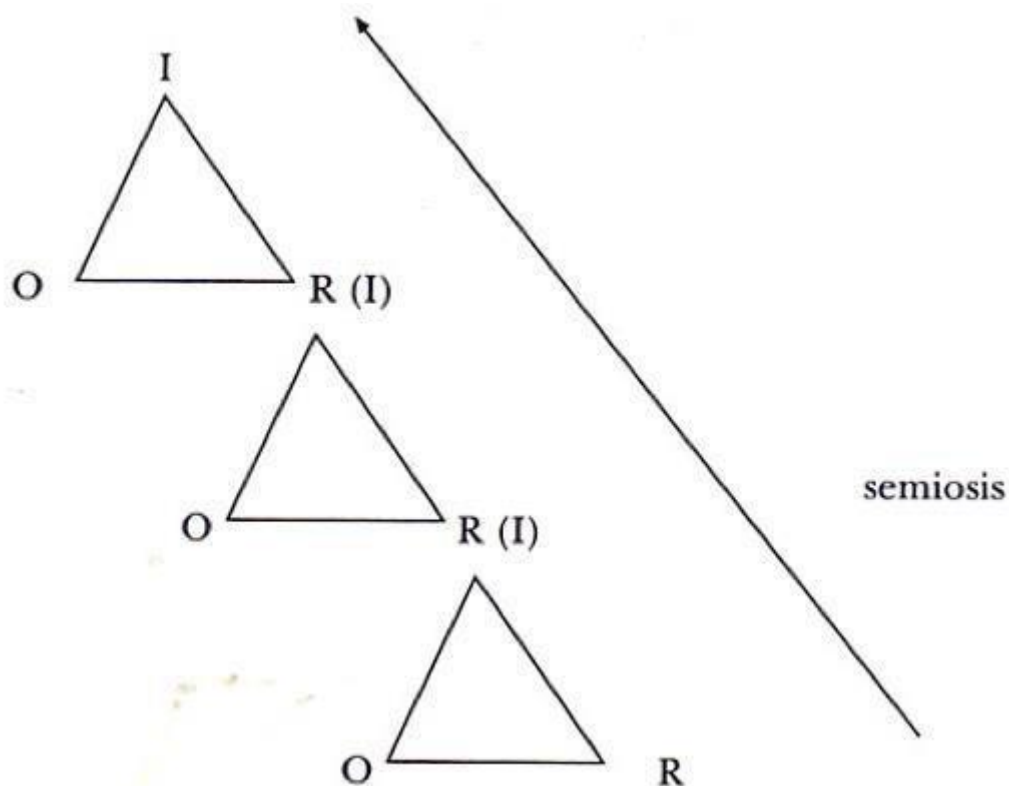
Representamen: la canción que relata esa historia

Interpretante: su versión grabada, que se transforma en R de ese mismo O para otro Interpretante 2

Interpretante 2': la canción tocada en una reunión de treintañeros, que lleva a que una chica que la escucha se anime a grabar su versión con acordeón y ukelele en YouTube generando un Interpretante 3, que será comentado (Interpretante 4) y copiado (Interpretantes 5, 6, n veces) y así *ad infinitum*.

A diferencia de la concepción semiológica, en que los signos están convencionalizados socialmente y ocupan lugares en sistemas o códigos, en la semiótica de Peirce R, O e I no son fijos sino relativos a la mirada que se aplica a ellos. Por ejemplo, la historia de los niños podría ser pensada como signo Representamen de la situación de calle de la infancia en las grandes ciudades de Argentina (Objeto), la canción sería un posible Interpretante.

Tomemos otro ejemplo: una noticia en Infobae da cuenta de la situación de viajeros varados en Punta Cana, una radio la retoma, la escucho y la comento con una vecina, a la vez que salen unos memes irónicos sobre estos "nuevos refugiados otrora privilegiados" que son contestados airadamente mediante comentarios por redes sociales, que son a su vez retomados en el diálogo cotidiano y por otra radio que... Ad infinitum.



NOTA: en este gráfico, los objetos (O) representan los diversos objetos inmediatos, es decir, aquellos que dependen de cada representación particular.

LA SEGUNDA TRICOTOMÍA

Peirce clasificó los signos según un criterio ternario y haciendo funcionar sus categorías de Primeridad, Segundidad y Terceridad. Aquí expondremos solamente su 2ª Tricotomía, quizá la clasificación que ha tenido mayor utilidad en semiótica aplicada.

En la **Primera Tricotomía** Peirce clasificaba los signos según la naturaleza del R (¿Qué cosa es o puede funcionar representando a otra cosa? Y la respuesta que da es: una cualidad, una cosa singular o una ley; en la **Tercera Tricotomía** lo hacía teniendo en cuenta al I (¿Cómo es el signo que interpreta la relación R-O? y la respuesta que da es: un término, una proposición o un razonamiento); en la **Segunda Tricotomía** Peirce tiene en cuenta dicha relación: la pregunta que se hace es ¿Cómo algo está en lugar de otra cosa, es decir, la representa?

La respuesta que da es: un signo puede parecerse a su O o mantener una correspondencia de partes con él (**ícono**), puede estar afectado por su O, guardar una relación *existencial* con él (**índice**) o tener con su O una relación basada en una mera convención (**símbolo**).

En sus palabras:

“El ícono no tiene conexión dinámica con el objeto que representa; sucede simplemente que sus cualidades se asemejan a las del objeto y excita sensaciones análogas en la mente para la cual es una semejanza. Pero en realidad no está conectado con aquél. El índice está conectado físicamente con su objeto; forman un par orgánico, pero la mente interpretante no tiene nada que ver con esa conexión, salvo advertirla una vez establecida. (parágrafo 2.299)

“Toda fuerza física reaccúa entre un par de partículas, cualquiera de las cuales puede servir de índice de la otra. Por otra parte, comprobaremos que cualquier operación intelectual implica una tríada de símbolos.” (parágrafo 2.300)

Los Íconos:

“Un ícono es un signo que remite al Objeto que él denota, meramente por virtud de caracteres propios y que posee por igual tanto si tal objeto existe o no. (parágrafo 2.247)

“Defino un ícono como un signo determinado por su objeto dinámico en virtud de su propia naturaleza interna. De tal naturaleza es todo cualisigno, como una visión, o como el sentimiento suscitado por un trozo de música que se considera representativo de lo que se propuso el compositor. Así puede ser un sinsigno, como un diagrama individual, por ejemplo, una curva de distribución de errores” (Carta a Lady Welby del 12 de octubre de 1904)

Cuando los **íconos** se parecen a sus objetos por su forma hablamos de **imágenes** (un dibujo, una fotografía, una pintura, un holograma), cuando guardan una relación de correspondencia con su objeto estamos en presencia de **diagramas** (cuadros, esquemas, fórmulas algebraicas, infografías). Finalmente, las **metáforas** son una clase de íconos que implican que entre dos elementos hay algo en común (metáfora verbal: “en la pantalla de los sueños”; metáfora visual: unas flores blancas que representan “la blancura perfumada que el jabón X dejará en tu ropa”) como se ve, el grado de iconicidad es más directo en el primer caso y se va haciendo más mediado en los otros dos casos: ¿por qué? Porque tanto en el caso de los diagramas como en el de las metáforas ya interviene también un elemento convencional (funcionamiento simbólico).

Los **íconos no necesitan de la existencia (concreta, física, material) de sus objetos**: pueden mostrar un parecido asombroso ¡con un objeto inexistente, como el retrato de una dama inventada o un personaje de historieta, que pertenece al reino de la ficción!

Los índices

Los **índices**, por el contrario, **sí precisan de la existencia del O**. Ellos señalan, indican su presencia, **llaman la atención del usuario compulsivamente sobre dicho O**, como un ruido, que nos hace volver la cabeza hacia el lugar de donde proviene. Así funcionan las alarmas sonoras, visuales o “táctiles” (vibrador del celular). Los índices señalan que hay, hubo o habrá un O en contigüidad con ellos: el humo que indica fuego, la foto que testimonia que eso fotografiado estuvo en relación de copresencia física con la cámara y la señal en la ruta que nos anuncia la curva que habremos de pasar, respectivamente

Todo índice es individual e indica algo individual, nunca general. Asimismo, los índices puros no se parecen a sus objetos (humo distinto de fuego, síntomas de una enfermedad), pero la mayoría comparte los modos de producción de sentido, como las fotografías (íconos indiciales, al decir de Schaeffer) o los *pronombres demostrativos de lugar* *éste, ése, aquel* y los *nombres propios* (“Margarita Ríos”) que son los únicos signos

verbales (símbolos) capaces de nombrar cosas singulares (“esta hoja”, “Margarita, vení para acá”)

En palabras de Peirce:

“Un signo o representación que se refiere a su objeto no tanto en virtud de alguna semejanza o analogía con él (Nota: se refiere a los íconos), ni tampoco porque esté asociado con caracteres generales que ese objeto posee de hecho (Nota: se refiere a los símbolos), sino porque se encuentra en conexión dinámica (incluida la espacial) tanto con el objeto individual, por una parte, como con los sentidos o memoria de la persona para la cual sirve como signo, por la otra. (parágrafo 2.305)

“Defino un Índice como un signo determinado por su objeto dinámico en virtud de estar en una relación real con éste. Tal es un Nombre Propio (un legisigno); tal es la aparición de un síntoma de una enfermedad...” (Carta a Lady Welby del 12 de octubre de 1904)

Los símbolos

“Un símbolo es un Representamen cuyo carácter representativo consiste precisamente en que es una regla que determinará a su Interpretante. Todas las palabras, oraciones, libros y otros signos convencionales son Símbolos.” (parágrafo 2.292)

“Un símbolo, como vimos, no puede indicar ninguna cosa particular; denota una clase de cosas. (...) es en sí mismo una clase y no una cosa singular.” (parágrafo 2.301)

“Defino un símbolo como un signo determinado por su objeto dinámico solo en el sentido de que así se lo interpretará”. (Carta a Lady Welby del 12 de octubre de 1904)

A diferencia de lo que sucede con los índices, los **símbolos son generales que remiten a algo general**: la bandera, que no es la de tela que yo tengo en mi casa o la que hace un nene en la escuela, de papel, sino el concepto de lo que es la bandera argentina (dos tiras celestes y una blanca en el medio), un modelo, una idea –en el sentido platónico– representa “la argentinidad”, una cantidad de valores asociados convencionalmente con la Nación argentina. Como dijimos, dicho símbolo aparece en el mundo por medio de réplicas/sinsignos –las “copias imperfectas” de Platón–: mi bandera, la del nene, cada bandera argentina que circule por ahí,

Los símbolos son signos convencionales, pero tengamos en cuenta que convencional no significa arbitrario: el signo lingüístico, según Saussure, es arbitrario, es decir, no presenta ninguna relación natural ni necesaria entre el significado de “mesa” y la cadena de sonidos asociada a ese significado: “m-e-s-a”. Para Peirce, la palabra “mesa”, como toda palabra, es un símbolo, pero también lo son los emblemas, los símbolos religiosos, los signos gráficos de los distintos sistemas de escritura, los signos matemáticos. Algunos de ellos no son del todo arbitrarios, como por ejemplo la cruz que simboliza el cristianismo: por su forma es ícono de la cruz de la pasión de Cristo, en determinados lugares o situaciones indica (índice) que allí se profesa dicha fe, y, ante todo es símbolo, que no podría reemplazarse por cualquier cosa (zapato, lápiz, paraguas) Entonces, arbitrario significa *enteramente* convencional y es un término saussureano. Peirce habla en general de signos convencionales, entiende que hay grados de convencionalidad y que los signos pueden ser varias cosas al mismo tiempo.

Como dice Eliseo Verón, “el pensamiento de Peirce es un pensamiento analítico disfrazado de taxonomía”. Más que concebir los signos como unidades, en el sentido en que lo hizo la 1ª semiología, podemos pensar en soportes de paso del sentido, que puede darse en sus tres formas: icónica, indicial y simbólica. Así, en una página de un diario puedo reconocer elementos icónicos (imágenes, cuadros, etc.), indiciales (diseño y diagramación de página, colores y tamaños llamativos, epígrafes y toda forma de reenvío) y simbólicos (lenguaje verbal). Si en la pantalla de Crónica TV, sobre fondo rojo intenso y en letras en gran tamaño aparece el titular: “Feroz incendio en Mataderos”, el texto corresponde al orden simbólico; el color llamativo (rojo) y el contraste blanco-sobre-rojo son fuertemente indiciales, porque interpelan, guían nuestra atención hacia el objeto (aquello de lo que se está hablando: la noticia sobre el incendio), como todo índice, que atrae compulsivamente la atención del usuario; finalmente, a pesar de no presentar imágenes, podemos reconocer un funcionamiento de tipo icónico en la correspondencia “a mayor importancia de la noticia, mayor cuerpo de letra”. El aspecto sonoro también presenta estos modos de funcionamiento: la música de Crónica TV está convencionalizada como “música de noticiero” (aspecto simbólico), alerta, llama nuestra atención sobre la noticia (aspecto indicial: por ejemplo, si no estamos mirando la tele en ese momento, nos interpela y dirigimos la vista hacia la pantalla). El funcionamiento icónico –leve– estaría en la correspondencia: a mayor importancia de la noticia, mayor volumen de la música.

Bibliografía:

Calvino, Italo, *Las ciudades invisibles*, Buenos Aires, Minotauro, 1984.

Peirce, Charles Sanders, *Obra Lógico-Semiótica*, Madrid, Taurus, 1987.

- Peirce, Charles Sanders, *La Ciencia de la Semiótica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1978 (carta a Lady Victoria Welby de 12 de octubre de 1904)
- Schaeffer, Jean Marie, *La imagen precaria*, Madrid, Cátedra, 1990.
- Verón, Eliseo, *La Semiosis Social*, Barcelona, Gedisa, 1993, pg. 111.
- Verón, Eliseo, *Esto no es un libro*, Barcelona, Gedisa, 2000, cap. 1.

En cuanto a los modelos de signo, en Saussure teníamos un signo lingüístico, que luego fue aplicado con diversa suerte a códigos y sistemas más complejos de significación. Una entidad psíquica de dos caras: una imagen acústica o significante y un concepto o significado. Por ejemplo: la cadena fónica “l-i-b-e-r-t-a-d”, asociada a un concepto (la idea de lo que es la libertad), esto para un hablante del castellano, que tiene en su cabecita el conjunto de convenciones que constituyen su Lengua.

¿Cómo sería el mismo ejemplo desde el punto de vista de Peirce? Algo que está en lugar de algo y que determina en alguna mente un signo equivalente o más desarrollado. Ejemplo: tenemos un representamen, la cadena fónica “l-i-b-e-r-t-a-d” que está en lugar de una idea, la idea de lo que es la libertad (ese es el objeto), y en una mente, por ejemplo, la mente de un hablante del castellano aparece el interpretante “libertad” o incluso algo más desarrollado, por ejemplo, las ideas libertarias de libertad. Ahora, una japonesa que no habla castellano puede oír “l-i-b-e-r-t-a-d” y en su mente puede pensar “sonido inarticulado”, “palabra en otro idioma”, “esta es una palabra en castellano, pero no sé

lo que significa". Esos son interpretantes. Y objetos. Como se darán cuenta, **el objeto de un signo depende de la interpretación**. Recuerden de ahora en más que objeto no significa "cosa", sino simplemente algo representado por otra cosa. Y que interpretar significa poner en relación dos cosas (un 1°-el representamen y un 2°-el objeto). Y que toda interpretación se da a partir de conocimientos anteriores, o colaterales. En este caso, conocer el castellano, o, en el caso de la japonesa, vieron que hay grados: saber cómo suena el castellano, pero no conocer ese signo en particular, saber que hay idiomas y que esa es una palabra de alguno, saber que los seres humanos emitimos sonidos. En todos los casos hay signo, significación, aunque sea mínima, vaga, como cuando vemos algo que se recorta contra un fondo (figura-fondo es una operación cognitiva) y pensamos "eso es algo", "ahí hay una cosa". De hecho, así es como comenzaron entrenando a las IA de creación visual, haciendo que reconocieran figuras (líneas, volúmenes) que poco a poco se recortaron sobre un fondo.

Otro ejemplo (un ejemplo que la semiología no estudiaría): entro a mi casa y percibo un fuerte olor a quemado y pienso "alguien dejó algo en el horno y se olvidó de apagarlo. Tenemos el olor (R), ese algo que está supuestamente en el horno y que se quemó (O) y mi idea resultante (I). La clase que viene, veremos esto con más detalle.

Veamos otro ejemplo: alguien ve un mapa de EEUU y piensa "así es EEUU". Mapa: representamen de la forma del territorio de un país (O) y ese pensamiento "así es EEUU" es el I. Para poder hacer esa relación debo tener varios conocimientos (lo que es un mapa, que es de EEUU o saber leer si lo dice, etc.). El interpretante puede ser equivalente, pero también conllevar algo más (ser más desarrollado), por ejemplo, que ver ese mapa desencadene una serie de contenidos relacionados con EEUU: desde prosperidad, grandeza hasta imperialismo, belicismo, racismo, etc.

Puse estos ejemplos, la palabra "libertad", un olor y un mapa, para ir pensando en la 2° Tricotomía: la palabra, un signo convencional, o sea, un símbolo; el olor, un índice y el mapa, un tipo de ícono.

Cuando nació el hijo del Presidente Alberto Fernández fue presentado al país a través de un índice, la huella de sus piecitos, y a través de su nombre, Francisco, un tipo especial de palabra que es capaz de función indicial, el nombre propio.

Milei hace uso abundante signos, todos fuertemente simbólicos, en el sentido de evocar o conotar sentidos. Desde su gestualidad convencionalizada (rostro mirando fijamente, pulgares hacia arriba), su vestimenta (negro, campera de cuero informal), sus consignas (¡VLLC!) y su avatar visual en redes, el león. Poder, desafío, arrojo en la búsqueda de implementar su plan salvador...que contrastan con ciertos índices corporales que sugieren inseguridad y temor. Cuando veamos la cuestión del cuerpo, y del cuerpo mediatizado -¿cuántos de nosotres lo hemos visto en persona?- desarrollaremos más esto.

Además de la bibliografía obligatoria del propio Peirce y mi texto, que está arriba, quedarán para ustedes otros textos como dato contextual, para que adviertan el nivel de sutileza y complejidad lógicas que Peirce manejó a lo largo de su vida. También leeremos el texto "La fijación de la creencia", sobre el tema de la verdad pública y la

creencia, muy importante para verlo luego en la TDS de Verón. Entre teóricos y prácticos iremos armando el rompecabezas; verán que se repiten los conceptos, con variaciones: es lo que hizo Peirce a lo largo de 50 años, volver sobre lo mismo para decir algo un poquito nuevo, como una semiosis de su propia teoría.

Como bibliografía de referencia tienen dos capítulos del semiólogo norteamericano Thomas Sebeok, de un libro muy ameno que escribió con Eco y con Jean Umiker, *El signo de los tres*, en obvia referencia a Conan Doyle, el padre de Sherlock Holmes, y a Peirce. También un texto de un libro de María Elena Bitonte sobre Peirce, que los puede ayudar a entender mejor la cuestión de las categorías.

Les decía que Peirce escribió a una mujer excepcional, una lingüista inglesa, Lady Viola Welby, una mujer aristocrática (no necesitaba trabajar para mantenerse) con la que Peirce dialogaba de igual a igual de temas teóricos y que, por lo que se ve por los dichos de Peirce, estaba mejor posicionada que él en el campo intelectual correspondiente, con sus mecanismos de legitimación. En muchas ocasiones lo vemos a él en situación de espera, de que lo publiquen, de obtener un trabajo intelectual bien remunerado.

Esto merece una explicación: Peirce nació en una familia intelectual de Nueva Inglaterra, Estados Unidos, a cuya casa concurría la crema científica y literaria del momento. Su padre era un matemático brillante y reconocido, además de Rector de Harvard. Muy pequeño, Charles recibió una educación familiar rigurosa en lo que llamamos "ciencias duras": álgebra, lógica, física, química, y en filosofía (Kant, los empiristas ingleses, "cuyo único defecto es ser extremadamente nominalistas", los filósofos medievales) y se destacó prontamente entre sus pares. Por otro lado, su carácter difícil, su excentricidad y su negativa a conceder lo mínimo a colegas y alumnos (se ve en las cartas a LW: "sí, sí, pero...") lo fue alejando de un destino de grandeza, por así decirlo, en el mundo académico e intelectual, de tal modo que siempre vivió de un empleo que le consiguió su padre, en el Servicio de Costas, modestamente y en las últimas décadas, alejado de los centros de conocimiento, escribiendo artículos a pedido de enciclopedias filosóficas, revistas, etc. Y redactando una monumental obra fragmentaria que nunca se publicó como "Semiótica de Charles Sanders Peirce". Como dato de color que ayuda a entender al personaje, él estuvo casado con Harriet Melusina Fay, una excéntrica mujer de su entorno social, feminista y nativista. Esto último quería decir "América para los nativos", es decir, para aquellos descendientes de los ingleses que en el siglo XVII fundaron colonias en el este de EEUU; detestaba a los irlandeses, a los judíos e italianos, los negros estaban bien en su lugar (como gente del Norte lucharon contra los esclavistas, pero no significa que fueran abolicionistas de corazón)...¿Y los nativos? ¡Bien, gracias! Cuento esto para describir a esta mujer, pero también para que se entienda uno de los nudos ideológicos de ese país tan complejo que es Estados Unidos, del cual surgen el rock'roll, la hamburguesa, el jean y Peirce, entre otras mil y una cosas. En fin, Peirce luego se divorció de ella y se casó con una francesa de oscuro pasado (así la veían): Juliette Froissy Pourtalai, que lo sobrevivió 20 años. Su divorcio y nuevo casamiento fueron un escándalo en la sociedad puritana y muy convencional en que vivía. A partir de eso, sumado a su personalidad "disfuncional" nunca más hizo pie en el mundo académico y se le cerraron muchas puertas. En 1907 fue descubierto en una pensión en la pobreza, adicto a la morfina, que le calmaba sus dolores. Su amigo William James organizó una colecta para ayudarlo y con eso y el pago de alguna publicación pudo

mantenerse en su granja de Pennsylvania hasta su muerte. Tanto Peirce como William James (hermano del gran novelista Henry James), James Dewey y Oliver Wendell Holmes son considerados los padres de la única corriente filosófica auténticamente estadounidense: el Pragmatismo, pero estaríamos equivocados si pensamos que hubo un grupo homogéneo. De hecho, Peirce, se nombró “pragmaticista” para no coincidir con James, un pragmático. Más bien, sí estos hombres coincidían en cuanto a algunos fundamentos comunes, provenientes de una tendencia muy anglosajona a centrarse en la praxis, la acción, la conducta, la eficacia, la eficiencia, la operatividad. Ya en el siglo XX, tanto en Reino Unido como en EEUU se desarrollaron sendas pragmáticas: la Teoría de los Actos de Habla y la Escuela de Palo Alto respectivamente, aunque ninguna tomó la teoría de Peirce. A su vez, en filosofía, Rorty es la continuación del pragmatismo en el siglo XX en EEUU. Como ven, hay distintos acercamientos a la praxis, y todos vienen del mundo anglosajón.

Bueno, tras esta breve presentación del personaje, vayamos a los fundamentos de su Semiótica, que es “otro modo de llamar a la lógica, como doctrina cuasi-necesaria o formal de los signos”. Esta semiótica va de la observación de lo que los signos son o deben ser a una abstracción y generalización. El saber no es ni llegará a ser absoluto, por ello la doctrina es “casi” necesaria. El saber absoluto, la verdad absoluta son privilegio de Dios, no de los hombres, que viven en un mundo de verdades relativas. Asimismo, en opinión de Peirce - no de otros pragmatistas como William James- el conocimiento va perfeccionándose a lo largo del tiempo, en un ensayo y uso colectivos (por ensayo y error). El interés filosófico de Peirce es el conocimiento humano como tarea colectiva a lo largo del tiempo; los signos, el pensamiento científico y lógico -el más alto grado de pensamiento- sirven a la acción humana sobre el planeta, sobre la comunidad, sobre uno mismo (“El hombre es un signo”, dice) y si hay alguna idea (signo, concepto, pensamiento son equivalentes) que se revela mejor que una anterior, toma la posta y adelante. Peirce habla de “ir quitando velos”, hay una confianza positivista en la razón lógica, hay una “teleología de la razón” (del griego “telos”: fin, finalidad, objetivo,). El conocimiento avanza refinándose, pero, por definición, nunca se alcanzan el saber, la verdad absolutos. Por ello, la semiosis (esa acción trirrelativa entre un R, un O y un I) es ilimitada o infinita: siempre hay una posibilidad más de representar e interpretar algo. La cadena del sentido no se clausura totalmente.

Hay que decir que todo el edificio teórico de Peirce se sustenta en tres categorías, las de Primeridad, Segundidad o Alteridad y Terceridad. Esta cuestión de las categorías le viene de su formación kantiana y de Hegel también. De hecho, tienen fuertes resonancias de las Tesis, Antítesis y Síntesis de Hegel, y él lo reconoce. En las cartas 1 y 3 que ustedes leen en prácticos Peirce se expone sobre estos tres Universos con ejemplos. No es fácil adentrarse en ese pensamiento, sino que progresivamente uno va encontrándole la lógica. Por ello es que hay términos-conceptos-clave para cada una: si se entienden, uno va comprendiendo que cualquier elemento de su teoría se corresponde con una de estas categorías o con dos a la vez. Empezando por el signo, una tríada genuina (sus tres partes no pueden descomponerse en díadas, lo mismo que en el signo saussureano sdo. Y ste. son solidarios entre sí: es una díada genuina), compuesta por Representamen, Objeto e Interpretante. Un signo -un tercero- hecho a

su vez de terceros, ya que R, O e I son también signos. A su vez, el R es un Primero, el O un Segundo y el I un Tercero. Oscar Traversa hablaba de la semiosis como de estructura fractal: a nivel macro o micro vamos a encontrar estas tríadas. En el cuadro siguiente tienen las palabras- clave, todas tomadas de los textos de Peirce.

categorías		
PRIMERIDAD	SEGUNDIDAD	TERCERIDAD
Cualidad	cosas-existentes	signos
Posibilidad	Sucesos	ley
vaguedad esencial	acción-reacción	pensamiento
	esfuerzo-resistencia	hábitos
	experiencia	
Positividad	Oposición	
	Singular	general

Vayamos a un ejemplo: una cualidad, la “rojidad”, es decir, algo que se puede predicar de algo: “esta manzana es roja”, “manzana roja”, puede pensarse como una pura posibilidad positiva de aparición. Como cualidad, es mera posibilidad, y en ese sentido, no se opone a nada. Cuando se encarna en un objeto (las libreas reales, una manzana), allí ya forma parte de una cosa, objeto al que le suceden cosas. Pero esa cualidad tiene un modo de ser *independientemente de estar encarnada en un objeto y de ser percibida por una mente*. Como cualidad monádica, es vaga: lo rojo tiene matices, grados y en un momento pasa a ser naranja, rosa o violeta. Cuando se encarna, pierde esa vaguedad, ya que pasa a pertenecer al mundo de la Segundidad, del aquí y ahora, de los existentes, cosas y sucesos, acaecimientos, ocurrencias. Por ejemplo, una manzana roja se pudre o se cae del árbol o es cortada. Un enunciado es una ocurrencia: se dice en un lugar y un tiempo, lo dice alguien para alguien. Los existentes ocupan un lugar en el espacio y un momento en el tiempo. Se oponen entre sí, son individuales, singulares, funcionan por acción y reacción, por esfuerzo y resistencia, generan una experiencia en una mente. El mundo físico -de la física newtoniana- es el mundo de la Segundidad. En él hay singularidades, nunca algo general.

Y aquí viene lo propiamente humano: la capacidad de generalizar. Les pido que para este tema lean un hermoso cuento de Borges, “Funes el memorioso”. Aquí no nos importa tanto la cuestión de la memoria, sino el percibir y el pensar. Funes, un paisano

uruguayo tiene una capacidad que podríamos llamar supra e infrahumana. ¿Por qué? Porque él es capaz de recordar -percibir, pensar- cada cosa y suceso en su estricta singularidad: cada amanecer, cada atardecer, cada pelo de cada caballo son únicos para él. Es una capacidad ciertamente sobrenatural, pero Funes no puede hacer algo que es propio de nuestra especie, así es como pensamos y operamos sobre la realidad: Funes *no puede generalizar*, vale decir, meter cosas o sucesos que guardan una cierta regularidad o semejanza en cajitas (amaneceres, atardeceres, pelo de caballo). Borges, que no leyó a Peirce, pero sí mucho a Hume, Berkeley otros empiristas ingleses, está fascinado con estos temas. Levi Strauss dice que la operación antropológica madre de todas es *la clasificación*; los criterios pueden ser variados (puedo guardar medias, bombachas, remeras y pantalones en distintos cajones o puedo guardar todo lo verde, todo lo blanco, lo rojo etc. en cada cajón, o lo de lana, lo de algodón, lo de seda, etc.). Es una operación básica que responde a un principio de economía: tengo que reducir la entropía, el caos, y para ello meto en diferentes *clases* las cosas que tienen algo en común. “Pensar es olvidar diferencias”, dice Borges en “Funes...”. Así es como los humanos pensamos. Así es el pensamiento lógico, que nos trajo hasta acá. Ojo: no es el único modo de pensar que tenemos: somos analíticos y sintéticos, organizados y derivantes, difusos. Cada hemisferio cerebral participa mayoritariamente de una de estas formas. Como buen positivista de su época, Peirce valoraba el pensamiento racional, lógico. Por todo lo que explicamos antes podríamos decir: Funes vivía en un mundo puramente segundo, no era capaz de pasar a la Terceridad. Así como Borges, otro escritor argentino, Ricardo Piglia, también imaginó algo parecido: un lenguaje que, como el río de Heráclito, nunca era el mismo, vale decir, tenía una palabra para cada singularidad, y como todo pasa y es cambiante, ese lenguaje también lo hacía: no tenía estabilidad. De nuevo, el lenguaje verbal, la Lengua, están hechos de una mayoría de palabras-clase y un pequeño conjunto de palabras que, siendo convencionales, nombran singularidades. Ejemplo: cuando digo “manzana”, “rojo”, “comer”, nombro cosas generales. Los escolásticos los llamaban “universales”. Pero para nombrar algo particular, singular, individual (un existente peirceano), debo decir “esta manzana”, o “esa manzana roja que ves *ahí* en la frutera”, o “el rojo de *esta* remera que *tengo* puesta” o “*estoy comiendo* una manzana riquísima”. Todas las marcas en cursiva remiten a una serie de palabritas de la Lengua, en este caso el castellano, muy pocas, que, siendo como toda palabra, convencionales, arbitrarias (Saussure), legisignos simbólicos (Peirce) también son *índices*. *Son capaces de llevar la atención hasta algo singular*. Los nombres propios también hacen eso según Peirce: “La Plata” a una localidad, “Amparo Rocha” a una persona.

Tenemos entonces que el mundo de la Terceridad es el mundo del pensamiento, y ese pensamiento se da por signos. Esos signos son generales que nombran generales, son leyes (legisignos los llamaré en una de sus clasificaciones). ¿Y cómo surgen en una mente? Por *hábito*. El ser humano, de tanto ver que una esfera luminosa salía por cierto lado, se habituó y la nombró también: “amanecer”. Así como convención es la palabra clave en Saussure (en él arbitrariedad, la total convencionalidad, la falta de una

ligazón natural y necesaria entre sdo. Y ste.), en Peirce la palabra clave es *hábito*, ya que no todos los signos son convencionales, aunque todos surgen por hábito.

Ahora bien, ¿la Terceridad es un *ens rationis*, es decir, una construcción de la razón humana? No para Peirce. Si lo fuera, sería una teoría idealista, pero él se reivindica realista, postulando que el pensamiento está en el Universo, podríamos decir, en busca de mentes. En una de sus definiciones de signo aparece el objeto buscando “el signo de su representación”. Incluso, a pesar de que el interés de Peirce es el conocimiento humano, su teoría es general, lógica y no psicológica y pensada para cualquier mente: una máquina, un animal, una planta también interpretan signos a su manera.

En definitiva, Peirce trata de responder al interrogante kantiano de por qué ante una multiplicidad de estímulos: dorado, calor, celeste, etc. decimos “amaneció”, de cómo vamos de la multiplicidad a la unidad de la proposición. Peirce reelabora las categorías, pero generando una respuesta diferente a la kantiana: no hay distinción entre *fenómeno* o *fáneron* (lo que aparece ante la mente) y *noúmeno* (lo que es, la cosa en sí, el ser del ente, aquello incognoscible para Kant). Lo que hay son signos, semiosis: eso es lo que conocemos, no hay nada debajo. Si lo piensan, es una respuesta mucho más actual. En cita de una carta a LW (20/05/1911) dice Peirce: “Muestro hasta qué punto Kant tenía razón, aun cuando su razón se retorció en un formalismo. Es perfectamente cierto que no podemos alcanzar nunca un conocimiento de las cosas tales como son. Solo podemos conocer su aspecto humano. Pero este es todo el universo que existe para nosotros”.

Respecto de esto, en clase les leí fragmentos del capítulo “Las ciudades y los signos”, del libro *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino:

“El hombre camina días enteros entre los árboles y las piedras. Rara vez el ojo se detiene en una cosa, y es cuando la ha reconocido como signo de otra: una huella en la arena indica el paso del tigre, un pantano, una veta de agua, la flor del hibisco, el fin del invierno. Todo el resto es mudo e intercambiable: árboles y cosas son solamente lo que son”.

Así comienza, con esta mente (el viajero), que reconoce signos de algo a partir de conocimientos anteriores (qué es una huella, los cuerpos dejan huella en determinadas superficies, cómo es la pata de un tigre...).

Este viajero atraviesa la ciudad de Tamara y se enfrenta a multitud de signos: enseñas, carteles de negocios, carteles de prohibido o permitido, mercancías en venta (valen no tanto por sí mismas, como por aquello que representan, como un Rolex de oro), estatuas con su simbología. La arquitectura y la disposición urbana también le dicen al viajero de qué edificios se trata, etc. Al final aparece la problemática del conocer:

“La mirada recorre las calles como páginas escritas. La ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso, y mientras crees que visitas Tamara, no haces sino registrar sus nombres con los cuales se define a sí misma y a todas sus partes.

Cómo es verdaderamente la ciudad bajo esta apretada envoltura de signos, qué contiene o esconde, el viajero sale sin haberlo sabido...”.

Digamos que la del narrador: *el viajero no conoce Tamara, su esencia, lo verdadero de la ciudad, el ser del ente, la cosa en sí, el noúmeno*”; solo conoce cómo se presenta mediante sus signos, su apariencia (el fenómeno o fáneron), sería la respuesta de Kant.

La respuesta de Peirce es sorprendentemente más actual: *el viajero sí conoce Tamara*, porque esa es la única manera de conocer que tenemos, una manera semiótica, a través de signos. No hay algo detrás, los signos son todo lo que hay. “ Como les leí

antes: “este es todo el universo que existe para nosotros”.

Bueno: toda esta cuestión tan filosófica corresponde al eje ontológico en Peirce (los modos de ser de las ideas, ya sean verdaderas, falsas o de cualquier naturaleza) y la desarrollo como introducción a los conceptos que nos van a servir para abordar una teoría discursiva sociosemiótica, no filosófica: la de Verón. Esos conceptos son **signo, semiosis, creencia, verdad pública, segunda Tricotomía**.

Nos vemos y leemos la próxima y no duden en consultar por el Foro del campus, que está propuesto clase a clase y que es un modo de socializar conocimiento, como plantea Peirce en “La fijación de la creencia”.

¡Saludos!